

ISABELLA ABAD

AL RESCATE
DEL *Amor*

FICCIÓN ROMÁNTICA

AL RESCATE
DEL AMOR

ISABELLA ABAD

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografías de tapa: Linda Bucklin/Shutterstock.com
y Nikola Spasenoski/Shutterstock.com

Prohibida su reproducción total o parcial sin la debida autorización de la autora.

JULIO, 2018

Para acceder a las novedades: <http://blogs-pot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08-dd99abdb2c4&id=f002193920>

PRÓLOGO.

Río de la Plata, 1843.

La noche es inmensa, profunda e insondable, apenas iluminada por el fragor de truenos, relámpagos y centellas que se descargan sobre el mar embravecido, cada vez más alterado.

La gran embarcación se sacude y salta sobre el oleaje con un crepitar de maderas, rodar de toneles y volar de cuerdas. Los hombres gritan y ajustan las velas intentando ganarle a la Naturaleza, que se muestra con toda su potencia destructiva.

El capitán sujeta el timón con fuerza, procurando mantener la ruta del viaje, aunque la fuerza terrible del viento cruzado no ayuda. La inquietud le gana cada vez más; estas aguas del sur son traicioneras y engañosas cuando están en calma y esconden trampas rocosas, más aún cuando se navega en tormenta y casi a ciegas.

De pronto, uno de los rayos viborea y zigzagueando veloz, impacta con mayúsculo estruendo sobre el palo mayor, desatando el fuego que envuelve desde arriba la embarcación, amén del impacto sonoro y físico en quienes estaban cerca. La situación se vuelve más y más desesperada, pues si bien la lluvia debería apagar las llamas, el viento las avi-

va. Los marineros se ven desesperados y asustados, como si vieran inevitable el desastre.

El capitán, en contra de su experiencia de hombre de mar, pero atendiendo a lo urgente de la situación, gira con pericia el timón para que la gran embarcación se oriente a la costa. Está en juego la vida de sus hombres, la mercadería en bodega y además la integridad física de los misteriosos pasajeros y su carga secreta.

“Maldita la hora en que los acepté en mi barco. Esa mujer siempre me dio mala espina, no importa su evidente importancia y jerarquía”, pensó furibundo ahora, como si culparlos atemperara la situación. El instinto le había gritado que no había buen augurio ni buena suerte en una fémina en la nave y ahora se comprobaba que sus huesos y su olfato no fallaban.

La lluvia arreciaba y los hombres ateridos buscan refugio en los recovecos de cubierta. El agua que golpea como finas piedras también apaga el fuego y cuando todo parece volver a la calma relativa, un golpe seco y profundo mueve la nave y la hace chillar, herida sin duda desde su base. El capitán mueve sus brazos con desesperación; han golpeado rocas invisibles. La inspección inmediata con la mortecina luz de velas muestra la herida profunda y severa en la bodega, que se inunda sin freno. El casco está absolutamente comprometido, han encallado y no queda más que abandonar. El diagnóstico es claro y contundente y cualquier navegante que se precie y tenga experiencia sabe que no hay otra solución.

El colapso es rápido, aunque la agonía de la nave será más lenta. Inexorablemente, Nuestra Señora de la Caridad, barco navegando bajo bandera española, comienza a hundirse. El capitán grita entonces las instrucciones irremediables: los pequeños botes deberán salir a flote. Mas estos son pocos y frágiles y el terror desatado no colabora con las tareas de salvataje y abandono ordenado de la embarcación.

El primero al mando ladra órdenes a un lado y a otro, mientras los hombres corren por sus vidas sin escucharlo, buscando su lugar en los botes. No los culpa; como se ven las cosas, los primeros tendrán ventaja y no hay aquí autoridad que valga. Cuando lo que está en juego es la vida, los hombres rompen el cepe de las jerarquías.

Con rapidez y conservando aún su sangre fría, consciente de sus responsabilidades, se dirige hacia el camarote principal, suyo por derecho, pero que debió ceder a su huésped, en un viaje que debía ser tranquilo y sin novedades y se ha vuelto una pesadilla.

Sin tiempo para protocolos, abre la puerta y visualiza a la mujer sentada, y al hombre de pie ante ella, al que inquiere a gritos. Este no sabe qué decir. Se les nota el terror y la incomprensión. Ella es una escocesa bastante bonita, pelirroja y con un bello vestido que más haría honores en una sala de fiesta que en el medio de la mar. Sostiene contra su pecho un cofre de madera noble con herrajes bruñidos, casi como si con él se le fuera la vida. Ambos lo miran con pavor, esperando su palabra y tal vez que él trai-

ga la tranquilidad que la tormenta, los gritos y el ruido les ha quitado.

—¡Hay que desalojar el barco! —grita sin miramientos. No hay tiempo para protocolos ni cortesías.

—¡Nuestras cosas! — reacciona el hombre y mira con desconcierto a la muchacha.

La serie de cajones y cofres qué tanta queja generó en los marineros que debieron cargarlas, yacen en un rincón de la habitación.

—Es imposible salvarlas. Es su vida o sus posesiones— dice con aspereza.

En ese momento el navío vuelve a crujiar, azotado por los vientos que retoman la fuerza y la nave gira hacia un costado derribando objetos y personas.

—No hay tiempo, deben salir ahora— grita el capitán y da la vuelta dirigiéndose nuevamente afuera, enfilando hasta el último de los botes, al que desata de sus cuerdas.

La pareja lo sigue, ella aún abrazada del objeto, lo que lo hace resoplar indignado. ¿Qué demonios puede tener ahí que sea tan valioso como sus vidas?

—¡Deje eso, necesitará sus dos manos firmes para sostenerse! Nada importa más que la vida.

La ve volver corriendo y poner el cajón en su lugar, como si importara. Todo se perderá y no parece entenderlo. Vuelve corriendo hacia ellos y con torpeza sube al bote.

—Arriba— ordena el capitán al otro hombre, que parecía un fantasma incapaz de moverse y le tiende uno de los remos.

Ella se sienta en el medio del tembleque bote y se toma de los bordes con pánico reflejado en su mirada, aun cuando su cara parece inescrutable. La pequeña embarcación golpea con crudeza el mar al ser desenganchada de las cuerdas que la sostienen y es entonces qué el brutal baile con las olas comienza.

Los dos hombres intentan manejar los remos y enterrarlos en aguas ominosas que parecen negro fango. Es como intentar dominar a tientas un caballo salvaje e imprevisible, aún para un hombre que ha vivido en el mar toda su vida.

Nada se ve alrededor, salvo la fugaz y tintineante luz del faro que aún lejano se convierte en codiciado destino. Apenas han logrado separarse una decena de metros de la nave madre cuando el colapso de esta enloquece aún más el mar, generando sacudones más intensos si cabe, lo que hace que el bote que los traslada gire sobre sí mismo y arroje al capitán y a la pareja al mar. El primero logra sostenerse de las maderas y busca a su alrededor intentando auxiliar a los otros. Todo lo que ve es un remolino de faldas que se hunde sin remedio.

El Río de la Plata, un río ancho como mar al decir de sus navegantes, río—mar que separa al Uruguay de la Argentina, en el cono sur americano, se ha cobrado nuevas víctimas. Hombres y nave dormirán desde hoy en su lecho. La ignota condesa de Bedford, reciente y secreta integrante

de la nobleza inglesa, ha venido a perecer en el fondo de un mar desconocido para muchos europeos. Con su muerte, apenas advertida más que para los íntimos y tal vez llorada en secreto por su amor, él mismo que la hizo partir, se abrirá un juego de poderes y traiciones que atravesará el tiempo y los espacios, signando desde entonces la vida de dos familias.

UNO.

Río de la Plata, 2017

Es un bello día y el sol brilla con fuerza en un cielo despejado, tan celeste como los ojos del hombre inclinado, que hace tareas de mantenimiento en el puerto de Montevideo esa tarde de octubre de 2017. En la cubierta del barco, Sebastián Cortés arrolla cuerdas y hace los nudos correspondientes para asegurar los botes salvavidas.

Una y otra vez, casi con manía, ordena y asegura los pequeños objetos, equipos y herramientas de ese barco que es su orgullo y tanto adora. Es el "Incitatus", su caballo de los mares, una nave que hace honor a su nombre: impetuosa, tal cual era el caballo del romano Calígula, de dónde su dueño obtuvo el nombre. Es que para él la embarcación tiene vida, late y se mueve en sintonía con sus emociones. Es una tontería que sabe producto de su fijación con esa belleza producto de tantos sacrificios.

Sebastián es un hombre alto, de músculos marcados, más por el trabajo que por la actividad física sostenida. Calvo por elección y comodidad, los rayos del sol destacan la desnudez de su nuca. Su pecho, brazos y piernas morenos por la exposición al sol se aprecian con absoluta claridad, ya que sólo viste pantalones cortos descuidados y algo rotos, además de manchados por el aceite del motor.

Aparenta poco más de treinta años. “Un hombre atractivo”, piensa la joven que lo observa desde el muelle, en principio detenida a mitad de camino con su portafolios y luego avanzando lentamente hacia él. Elvira Gamboa tiene en sus manos una tarea administrativa que no le gusta y que sólo ha aceptado por expreso ruego de su abuela.

No entiende aún que hace en este puerto y en este país tan lejano de su Europa, en un lugar que ni siquiera conocía en el mapa antes que se lo mencionaran. Suspira, en realidad sabe bien por qué está aquí: porque le es imposible negarse a algo cuando su abuela lo pide, esta una mujer determinada que siempre logra lo que quiere. Ella además la adora y haría lo que fuera por complacerla.

Sus ayudas de beneficencia y solidaridad recorren el mundo a través de su fundación, una Organización no Gubernamental que creó para sostener obras artísticas y brindar ayuda humanitaria. “Por lo menos es más de lo que hace la mayoría de los nobles ingleses a los que ella pertenece”, piensa despectivamente. Claro que Rosemary Kent, condesa de Bedford, o ex dado que el título lo tiene ahora su hijo, no es alguien que se pueda quedar quieta en un sillón a disfrutar de las mieles de la riqueza o de los títulos nobiliarios, afortunadamente. No la querría tanto si así fuera.

Elvira llegó en el jet privado de un amigo de su abuela el día anterior. Arribó a un pequeño y selecto aeropuerto cercano al famoso balneario de Punta del Este y pronto comprobó que las distancias eran cortas en este pequeño país. Aun cuando todavía siente el cansancio del viaje, le va

gustando lo que ve. El lugar es hermoso, no exactamente el puerto en el que está ahora, sino las playas y las costas que recorrió en el auto alquilado. Kilómetros de arenas blancas bañadas por el Océano Atlántico y el Río de la Plata. Las aguas no tienen la claridad y la transparencia del Mediterráneo, pero su encanto es innegable.

Carraspea desde las maderas del muelle, buscando llamar la atención del hombre, que parece muy inmerso en sus pensamientos. Alcanza ahora a ver mejor su perfil. Algo irregular, la nariz casi perfecta. Le hace recordar cuánto detesta la suya, un poco ganchuda. Tose por segunda vez y entonces él tuerce el rostro para observarla desde la transparencia de unos ojos increíbles. Hay cierta displicencia en la barba de días y la mueca de su boca le genera inmediata antipatía.

—¿Podría decirme usted si este es el barco que pertenece a Sebastián Cortés?—inquire ella con la voz un tanto más seca de lo que hubiera querido.

Se siente fuera de lugar y transpira debajo de su traje sastre. Esa tendencia a vestir demasiado formal le juega malas pasadas en ocasiones, como en este octubre caluroso en un puerto donde todos visten de labor.

—Pues sí. Este es el barco de Sebastián Cortés. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Necesito hablar con él— levantó la cabeza.

—Es eso lo que está haciendo ya, mujer—espetó con aspereza y cierta impaciencia, al parecer fastidiado por su interrupción.

La desconcertó. Había dado por supuesto que era un tripulante o marinero, no el dueño. Esperaba un hombre mayor. Su abuela le había comentado que el buscador de tesoros tenía mucha experiencia, por lo cual mentalmente lo había catalogado como cincuentón. Reaccionó y trató de proseguir.

—Bien. Es un placer, me presento, mi nombre es Elvira Gamboa y...

—Ajá—contestó el maleducado mientras se limpiaba las manos con un trapo aceitoso y se incorporaba mostrando la altura importante que lo caracterizaba.

La miraba como acicateándola a seguir o irse, como si su tiempo fuera oro y ella osara desperdiciarlo.

—He venido en nombre de mi abuela y de la ONG Compromiso y solidaridad.

Creó percibir un brillo de interés ahora en su rostro un tanto imperturbable.

—Pase— le ordenó.

—¿Arriba? ¿Al barco dice, subir?

La miró con intolerancia

—Pues sí. ¿Dónde más?

Elvira detestaba los barcos, nunca se sentía bien en ellos. Además, no lo conocía, estaba solo y no sabía que esperar. No le daría gusto.

—Escuche, me enviaron a reunirme con usted y discutir las condiciones del contrato, así como firmarlo de estar en

acuerdo. No voy a subir a su barco. No me siento cómoda.

—Nada le va a pasar—notó que retorcía los ojos. No disimulaba nada—. ¿Me tiene miedo? ¿Me veo como un asesino?

—Eso no lo sé yo y tampoco me importa. No me gustan los barcos.

—Pues anda usted bien errada en este puerto.

—Estoy haciendo un favor.

Él la miraba con fastidio y finalmente se encogió de hombros y desapareció. Estuvo unos minutos parada sin saber qué hacer y cuando ya pensaba girar en redondo para retirarse y quejarse con amargura frente a su abuela por el mal rato que había pasado, él reapareció con una remera blanca y unos pantalones largos y en mejores condiciones que los previos. Bajó la escalerilla con celeridad y se puso a su lado.

—No tengo mucho tiempo. ¿Qué tiene para decirme?

—Pues yo tampoco tengo mucho tiempo, créame. Me encantaría estar en otro lugar y no aquí. Me gustaría sentarme y que los papeles tengan un apoyo, al menos.

Era un jactancioso irremediable, estaba claro. Con ese tono que parecía indicar que nada le interesaba que ella hubiera atravesado el océano para estar allí, tratándola como si sobrara. No era mujer de odios fáciles, pero este tonto se estaba ganando su antipatía.

—Cómo sea. Hay un pequeño café saliendo del puerto, podemos conversar ahí sí le parece.